FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE FILOLOGÍA

EL

LENGUAJE COMO FENÓMENO ESTÉTICO

POR

MANUEL DE MONTOLÍU

CUADERNOS
TOMO I, Nº 7

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD
1926

EL LENGUAJE COMO FENÓMENO ESTÉTICO

El lenguaje como fenómeno estético

I

LOGICISTAS, HISTORICISTAS Y PSICÓLOGOS. BREVE EXPOSICION DE LA TEORÍA IDEALISTA DE CROCE. SU GENEALOGÍA: HERDER, HUMBOLDT, ETC. VOSSLER, CONTINUADOR DE CROCE.

Hay verdades científicas que han visto pasar muchos siglos antes de ser descubiertas. Una de ellas ha sido la de la naturaleza estética del lenguaje, presentida por Herder, descubierta por Humboldt, demostrada por Croce, comentada y desarrollada por Vossler. Tres prejuicios o preocupaciones seudocientíficas ha sido preciso remover con grandes esfuerzos para hallar en toda su evidencia esta verdad vieja como el mismo lenguaje: tal un tesoro enterrado durante largo tiempo bajo el triple estrato de los escombros endurecidos de tres antiguas edificaciones, arruinadas una tras otra.

Esos tres prejuicios que se han opuesto sucesivamente al descubrimiento de nuestro tesoro, han sido el de los partidarios de identificar la gramática y el lenguaje con la lógica, el de los que han buscado la explicación final de todos los fenómenos lingüísticos en la historia y en la evolución y, finalmente, el que ha extraviado a los investigadores de la vida del lenguaje por los vericuetos de la psicología. La lógica, la historia y la psicología han

sido en nuestro caso las tres capas de escombros que han resistido pertinazmente a la piqueta de los que presumían debajo de ellos la existencia del tesoro escondido. Bien vale la pena esbozar rápidamente la historia de las tres etapas sucesivas que han precedido a tan interesante descubrimiento.

La gramática lógica tuvo sus comienzos en el período de la Enciclopedia. Siguiendo el impulso y el ejemplo dados por los escritores del grupo de Port-Royal, aparecieron numerosas gramáticas lógicas y generales. La Enciclopedia francesa, en el artículo correspondiente a la palabra *gramática,* dice textualmente: «*La Grammaire générale est la science raisonnée des principes immuables et généraux de la parole prononcée ou écrite dans toutes les langues.*» Todas las gramáticas de aquel tiempo se mueven dentro de estos límites, tan estrechos como arbitrarios, que imponen las leyes lógicas al lenguaje.

Las primeras tentativas filosóficas para descubrir las verdaderas relaciones entre la lógica y el lenguaje datan del impulso dado a los gramáticos logicistas por la *Crítica de la razón pura* de Kant. Los antiguos discípulos del filósofo de Könisberg intentaron aplicar al lenguaje las categorías kantianas de la intuición (esto es, el espacio y el tiempo) y del intelecto. Dominó en estas tentativas la diferencia establecida entre la lengua y las lenguas, entre la lengua universal, correspondiente a la lógica, y las lenguas históricas, perturbadas por el sentimiento, la fantasía, o como quiera llamarse al elemento psicológico de la diferenciación.

Herder y lo mismo Humboldt que había de abrir las puertas a la nueva y definitiva teoría sobre la naturaleza del lenguaje, no consiguieron librarse en sus obras sobre filosofía lingüística de los viejos prejuicios logicistas de los kantianos. En su famosa obra sobre la *Diversidad de la constitución del lenguaje humano,* Humboldt presupone siempre la idea de una lengua perfecta primitiva que se corrompe y se divide en tantas lenguas particulares cuantas corresponden a la diferente capacidad lingüística e intelectiva de las diferentes naciones.

Examinemos ahora la relación que media entre lógica y lenguaje.

Croce usa este símil: Si miramos una pintura que representa, por ejemplo, un individuo que camina por un sendero campestre, podremos decir: «Esta pintura representa un hecho de *movimiento,* el cual, si se concibe como voluntario, se llama *acción; y* como todo movimiento supone una *materia,* y toda acción un *ser* que obre, esta pintura representa también un *ser* o una *materia.* Pero este movimiento se cumple en un lugar determinado, que es una parte de un astro determinado (la Tierra), y propiamente de una parte de éste, llamada tierra firme, y aun más propiamente de una parte poblada de árboles y cubierta de hierba, que se llama *campo,* surcada natural o artificialmente en una forma que llamamos *camino.* Ahora bien, de aquel astro que se llama Tierra no hay más que un solo ejemplar: la Tierra es un individuo. Pero *tierra firme, campo, camino* son *géneros* o *universales,* porque hay otras *tierras firmes,* otros *campos,* otros *caminos* » (1).

Consideraciones semejantes podrían continuarse aún hasta más lejos.

Si en lugar de una pintura examinamos una frase que diga: «Pedro marcha por un sendero campestre», y hacemos las mismas consideraciones anteriores, obtendremos los conceptos de *verbo* (movimiento o acción), *de nombre* (materia, ser o agente), de *nombre propio,* de *nombre común,* etc. (2).

Pero ¿qué hemos hecho tanto en el caso de la pintura como en el de la frase? Ni más ni menos que someter a una elaboración lógica lo que se presentaba primeramente como un hecho estético; esto es, hemos destruido lo estético para edificar lo lógico. Y ahí está el error: en afirmar que el movimiento y la acción se llaman verbo, que el ser o materia se llaman nombre o substantivo, en hacer de todos estos conceptos de nombre, verbo, etc., categorías lingüísticas o partes de la oración. Es falso que el

(1) *Estetica come scienza dell´espressione e linguistica generale (teoria e storia)* 2ª edición, página 145, 1904.

(2) CROCE, *Estetica,* páginas 145-146.

nombre o verbo se expresen con palabras determinadas, claramente distinguibles de las demás. La expresión es un todo indivisible; ni el nombre ni el verbo existen en la expresión hablada, sino que son puras abstracciones, forjadas por el intelecto, con las que destruímos la única realidad lingüística que es la oración. Y este concepto de oración se ha de entender no en el sentido que se le da en las gramáticas, sino en el sentido de un organismo expresivo de sentido perfecto, que tanto comprende una sencilla exclamación como un vasto poema.

Según los logicistas la técnica del lenguaje ha de derivarse de la técnica del intelecto; tiene que haber una correspondencia entre las categorías lógicas y las categorías lingüísticas o gramaticales: gramática y lógica serían valores que se corresponderían perfectamente. Así el nombre correspondería al concepto de substancia, al adjetivo el de cualidad, al adverbio el de modalidad, al sistema de flexión el concepto de relación, etc. La gramática lógica sostiene que ella puede demostrarnos por qué el adjetivo tiene un comparativo, y no el substantivo. Aquél corresponde a la categoría de potencialidad, y lo potencial únicamente puede tener grados; éste, en cambio, corresponde a la categoría de la realidad, y lo real únicamente puede tener número, género y artículo.

Pero, desgraciadamente, la gramática lógica, por mucho que se esfuercen sus defensores, no puede coincidir nunca con la verdadera lógica, porque la lengua no deja de mezclar unas con otras esas categorías lógicas. Y así el nombre, el representante de la idea de substancia, puede usarse con significación modal, relativa y aun completamente irreal.

El adjetivo puede elevarse a la categoría de substantivo. El substantivo admite también comparativo como el adjetivo *(Carlos V fué más rey que Enrique IV);* y ¿qué son los aumentativos y diminutivos sino grados de comparación? Los numerales pueden ser expresivos de cualidades, al asumir la función ordinal. La realidad la podemos poner en futuro hipotético, la probabilidad futura podemos ponerla en presente, y lo mismo podemos hacer con el pasado, etc.

En una palabra, no existe en absoluto correspondencia verdadera entre las llamadas categorías gramaticales y las lógicas. Precisamente los más geniales y admirados maestros del lenguaje son aquellos que con mayor libertad juegan con estas categorías. La falta de correspondencia entre las categorías gramaticales y las categorías lógicas es tan evidente que hasta los más recalcitrantes intelectuales empiezan a vacilar. Pero buscan un subterfugio diciendo que la corrección lógica en el lenguaje no ha sido jamás conseguida a la perfección y que solamente es un ideal, más todavía, el ideal al que debe aspirar, y de hecho aspira, la técnica gramatical. La evolución del lenguaje, dicen ellos, se mueve en la dirección de la lógica, y todas las lenguas cultas modernas se encaminan hacia una intelectualización progresiva. Pero toda técnica tiene su ideal y su medida en sí misma, y no fuera y por encima de ella. Nos burlaríamos de un pintor que buscase su ideal fuera de la pintura. Pues, de la misma manera, el lenguaje no puede tener el ideal sino en sí mismo, y no hay que buscarlo en un dominio extraño como el de la lógica.

Los filólogos, en general, no han sido logicistas radicales, y han reconocido la falta de ecuación y correspondencia entre la lógica y la gramática.

Pero, en el dominio de la sintaxis, el positivismo filológico ha dado larga entrada al concepto lógico del lenguaje al introducir desde el principio aquella famosa división de la sintaxis en regular e irregular, esto es, sintaxis lógica objetiva y sintaxis afectiva subjetiva.

Esta división es, sin embargo, puramente arbitraria y relativa. Lo que en un país y en una época determinada es de sintaxis regular, en otro país y en otra época puede ser de sintaxis irregular o afectiva. Lo que hoy aparece como un fenómeno de sintaxis regular y objetiva ha sido en otro tiempo una inversión afectiva, esto es, un fenómeno de sintaxis irregular. Así, la construcción regular de la frase latina era sujeto, objeto, circunstancial, verbo *(Pater filium super omnia amat);* en la construcción romance es, en cambio, sujeto, verbo, objeto, circunstancial *(El padre ama a su hijo*

sobre todas las cosas). El futuro de las lenguas romances *(cantaré)* nació, como se sabe, de una inversión afectiva latina *(cantare habeo)* en lugar del futuro regular *(cantabo).* Pero esta división es arbitraria y relativa, no sólo en cuanto el uso del lenguaje se considera en relación al tiempo y al espacio, sino también en cuanto se la aplica al aspecto psicológico de ese mismo lenguaje.

Los conceptos de «lógico» y «afectivo», aplicados al lenguaje, son, en efecto, arbitrarios. No por tratarse de una manera de expresarse más o menos lógica, ha de dejar por esto de ser afectiva. Un estado de alma sin afecto, o afectivamente indiferente del todo, no puede existir; la falta absoluta de afecto es la muerte. Y, al mismo tiempo, es imposible un estado de alma falto en absoluto de razón o lógica: el reposo absoluto de la razón es locura o idiotez.

Así, pues, los dos conceptos «afecto» y «lógica» no se excluyen, sino que son conceptos parciales y grados diversos en la palabra humana. La unidad absoluta formada por estos dos aspectos relativos y complementarios, es precisamente el lenguaje, la facultad individual del lenguaje. Un temperamento lógico, por riguroso que sea, no se expresará nunca con absoluta falta de afecto; el artista genial no se expresará tampoco con absoluta carencia de lógica.

Una imagen, como la expresada por la palabra «perro», puede ser ampliada y generalizada, incluyendo en su significación las más raras y diversas especies de perros; pero, por más que hagamos, la palabra «perro» no será nunca una idea o un concepto, siempre será una imagen. El concepto se podrá extraer por medio de una deducción, por medio de una definición, esto es, derivándolo de otros conceptos y limitándolo con otros. El concepto se obtendrá una vez que se haya construído todo el sistema de los conceptos, es decir, la filosofía; pero la imagen tiene individualidad por sí misma, es independiente en el momento de producirse. El hablar es siempre imagen e intuición, nunca abstracción. Aunque hablemos de conceptos y de ideas abstractas, la lengua siempre queda dentro de la esfera de la intuición.

Con la aplicación de los principios de la orientación histórica y evolucionista al estudio de las lenguas, introducida a principios del siglo pasado, la doctrina logicista fué perdiendo terreno, hasta caer, al fin, en el olvido, arrastrada por la corriente que trajo el exclusivo predominio de los métodos de la gramática histórica y de la comparativa, que no es más que un aspecto de aquélla. Con gran pesar me veo obligado a suprimir aquí el comentario razonado de esta tendencia. Los límites del presente trabajo no permiten que explane por igual los cuatro puntos que he de tocar en estas páginas. Y prefiero sacrificar esta parte, porque se trata de la tendencia más conocida y que ha dominado durante un más largo período. Diré, en suma, que para los historicistas, todas las explicaciones de los fenómenos lingüísticos se habían de buscar en la historia de la misma lengua.

El estudio histórico-evolucionista de la lengua no es, sin embargo, el único posible. Wundt en su *Völkerosychologie* (1) lo ha demostrado cumplidamente. Wundt combate el exclusivismo evolucionista, que él califica de historismo, y demuestra que no existe una explicación de las leyes fonéticas puramente histórica. Al contrario, todo lo que ha devenido históricamente, tanto si se verifica en una gran extensión como si se limita a un reducido número de hechos, exige una retroacción a sus causas y a sus motivos.

Pero he aquí que las causas y los motivos productores del lenguaje se interpretan por Wundt como «puras relaciones psicológicas entre el sonido y la significación». De manera que el estudio histórico-evolucionista del lenguaje tiene necesidad, según él, de una fundamentación psicológica.

Pero, ¿qué es la psicología? ¿Con qué métodos trabaja? Según el propio Wundt, la psicología es la ciencia de los fenómenos de la psique. Así pues, como ciencia fenomenológica sólo puede trabajar empíricamente. También trabaja empíricamente la ciencia histórico-evolucionista del lenguaje. Y así resultaría el

(1) Leipzig, 1904, 2ª edición, tomo I, *Die sprache.*

caso original de que una disciplina empírica habría de tener su fundamento en otra ciencia igualmente empírica. Las últimas fuentes del conocimiento del lenguaje se encontrarían, de este modo, fuera de la misma ciencia del lenguaje; por un lado, en tanto que la lengua es un fenómeno psíquico, en la psicología empírica; por otro, en tanto que el hablar y el oir son fenómenos fisiológicos, en la fisiología y en la acústica. En tal caso, pues, la ciencia del lenguaje resulta descuartizada. Viene a ser un dominio neutral y sin dueño, en el cual, como dice Vossler, se dan cita los psicólogos y los naturalistas de las más variadas especies.

En realidad, la ciencia del lenguaje no tiene muchas ventajas que esperar de la psicología. Ya el indogermanista Delbrück en la introducción de sus *Grundfragen der Sprachforschung* (Estrasburgo, 1901) lo demostró con gran claridad. Después de haber expuesto las marcadas diferencias de criterio que separan la psicología de Herbart de la de Wundt, de las cuales la primera es intelectualista y la segunda voluntarista, señala atinadamente que el profesional de la ciencia del lenguaje puede convivir tan bien con una como con otra de las dos. De igual manera el lingüista podría convivir, dice Vossler muy graciosamente, con el sistema planetario copernicano lo mismo que con el ptolemaico. La psicología de Wundt se ocupa de nuestra psique, de las leyes psicofísicas según las cuales o bajo las cuales se despliega nuestra vida espiritual. La psicología investiga el espíritu en cuanto es fenómeno condicionado. La estética y la lógica lo investigan, en cambio, en cuanto es creador y causa incondicionada. Lo que es condicionado puede ser explicado por lo incondicionado, y lo relativo, por lo absoluto; y siendo así, bien puede la psicología apoyarse en la estética y en la lógica, pero no viceversa. Lo que el estudio estético del lenguaje nos explica, la psicología únicamente nos lo puede describir. Pero la descripción no es ni ha sido nunca una ciencia.

El campo de la lingüística en que mayores pretensiones de dominio ha demostrado la psicología es, indudablemente, el de

la analogía. Los fenómenos de analogía que tienen lugar, por ejemplo, en la flexión verbal o en la pronominal, obedecen, según los psicólogos, a las leyes fijas de la asociación de ideas.

Un grupo de ideas como el que gira en torno de los verbos *dar* o *abrir,* es arrastrado y atraído por otro grupo: el que rodea a los verbos *tomar* y *cubrir*. Esta atracción explica la nivelación analógica que tiene lugar en las lenguas romances, en la dirección *dar→tomar, abrir→cubrir*. El latín *reddere* se transforma en *rendere,* por la influencia de *prehendere*. El latin *aperire* se transforma en *operire* por la influencia de *coperire*. Así, el francés tiene *rendre* y el castellano *rendir,* etc. Esto es, tanto en una como en otra palabra, su estructura fonética se adapta a otra palabra ideológicamente emparentada. Pero, ¿por qué no tuvo lugar el fenómeno inverso? ¿Por qué los pueblos románicos no acercaron *prehendere* a *reddere* y *coperire a aperire*. convirtiéndolos en *preddere* y *caperire?* Contestación de los psicólogos: «Porque en la relación ideológica entre *prehendere* y *reddere* y entre *coperire* y *aperire,* tuvo más fuerza el primer elemento de cada uno de estos dos pares de palabras o ideas». «Pero —siguen diciendo los psicólogos— la ciencia del lenguaje, por sí sola, no tiene medios para explicar la actuación o la ausencia de una formación analógica y, en consecuencia, para demostrar la regularidad del fenómeno. La admisión de una formación analógica es tanto más segura cuanto mayor sea la probabilidad psicológica de que ciertas palabras entre las cuales hay una distinción de ideas, hayan sufrido una asociación real entre sí.» Todos los fenómenos de analogía se explicarían así por lo que los psicólogos llaman una constelación de la conciencia.

Pero, dentro de una tal constelación, podemos admitir asociaciones entre las ideas y las palabras más distanciadas que se nos ocurra imaginar para explicar las analogías más extraordinarias. El dominio de las asociaciones psicológicas es ilimitado, e igualmente ilimitadas son las constelaciones de conciencia. Si hiciésemos unexperimento psicológico de la asociación en el hombre vivo, el resultado sería que las constelaciones y las asociaciones individuales

son infinitas y que sólo impera una sola y única ley de asociación, que podría formularse así: «Cualquier idea, imagen o sensación puede asociarse con cualquiera otra, en cualquier dirección. No hay ningún grupo determinado de ideas que haya de atraer fatalmente a otra cualquiera». Así pues, el objeto de la psicología lo constituye la infinita posibilidad, la ilimitada variación de las asociaciones; el objeto de la historia del lenguaje, en cambio, lo constituye el número limitado de las asociaciones realmente verificadas y fijadas en el lenguaje. ¿Cómo se quiere, entonces, determinar y fijar la realidad limitada con la medida de la posibilidad ilimitada? La psicología se halla reducida a decir *amén* en presencia del hecho histórico de una formación analógica. En una palabra, como dice Vossler, la psicología ejerce en los resultados de la historia del lenguaje, la misma «decisiva» influencia que la veleta en la dirección del viento. La psicología es solamente registro y descripción de los fenómenos psíquicos, pero nunca investigación de sus causas.

Desacreditados definitivamente los intentos de los logicistas, de los historicistas y de los psicólogos para descubrir la clave de la verdadera naturaleza del lenguaje, Croce, siguiendo una antigua ruta olvidada, ya medio borrada por los extraviados secuaces del positivismo, adivinó al fin la orientación que había de llevar a la solución del problema.

Como es sabido, el conocimiento, para Croce, tiene dos formas: conocimiento intuitivo y conocimiento lógico: conocimiento por la fantasía y conocimiento por el intelecto; conocimiento de lo individual y conocimiento de lo universal.

En la vida ordinaria es reconocida la existencia real del conocimiento intuitivo. Así de ciertas verdades se dice que no podemos dar de ellas una definición ni una demostración, sino que se demuestran intuitivamente. Pero este reconocimiento que en la vida ordinaria se hace del conocimiento intuitivo, no tiene lugar en el campo de la teoría y de la filosofía. Existe una ciencia antiquísima del conocimiento intelectivo, la lógica; pero una ciencia del conocimiento intuitivo es admitida y aceptada por

muy pocos. Existe toda una esfera del conocimiento en que domina puramente la intuición sin mezcla de conocimiento intelectivo. La impresión que un pintor da en la tela de un paisaje, la melodía compuesta por un músico, los versos de un poeta o las sencillas palabras que pronunciamos en nuestra vida ordinaria para rogar, mandar, quejarnos, etc., son hechos intuitivos sin ingerencia intelectiva. Si hay conceptos involucrados en estos hechos, precisa confesar que en cuanto estos conceptos están allí mezclados y confusos, ya no son conceptos, pues ya han perdido toda independencia. Fueron conceptos antes; pero en aquel momento quedan reducidos a simples elementos de intuición. Existe una señal inequívoca para distinguir la intuición. Toda intuición verdadera es al mismo tiempo expresión. Lo que no se objetiva en una expresión no es intuición, sino mera sensación. El espíritu no intuye sino obrando, formando, expresando. La actividad intuitiva tanto intuye cuanto expresa. La expresión adopta todas las formas de la realidad. Y no sólo puede expresarse la intuición con palabras, sino con colores, líneas, sonidos, etc. Por medio de la expresión, los sentimientos y las impresiones pasan de la obscura región de la psique a la claridad del espíritu contemplador. Y en este proceso cognoscitivo es imposible distinguir la intuición de la expresión, porque son una sola y misma cosa.

De las consideraciones precedentes se desprende que el conocimiento intuitivo o expresivo no es otra cosa que el hecho estético o artístico; esto es, la estética es la ciencia de la expresión.

Hasta ahora se había admitido que el arte era intuición, pero intuición de un género especial. Es cierto, se decía, que arte es intuición, pero intuición no es siempre arte. Pero esta distinción es arbitraria e inexistente. Lo que por antonomasia se llama arte aprovecha intuiciones más vastas y más complejas que las que suele tener el vulgo, pero la materia de sus intuiciones son siempre sensaciones e impresiones, como pasa con todas las intuiciones de la generalidad. Tampoco puede admitirse que entre la intuición llamada artística y las demás haya, como algunos pretenden una diferencia meramente intensiva. La intuición de una

simple canción popular de amor, que exprese, a poca diferencia, lo mismo que una declaración de amor tal como brota cada día de labios de miles de hombres vulgares, puede ser tan perfecta y tan intensa en su humilde sencillez como la intuición compleja de un soneto amoroso de Petrarca. La diferencia entre una y otra intuición es solamente extensiva. El campo en que se mueve la canción artística es solamente más amplio, más vasto, más rico en gradaciones y matices, más complicado. Los que tienen una mayor aptitud y una disposición más frecuente que la generalidad para expresar ciertos estados de alma particularmente complejos, son llamados artistas en el lenguaje corriente; algunas expresiones más complicadas y difíciles que las comunes surgen más raramente a la luz que las restantes, y esas expresiones son llamadas obras de arte. Pero los límites entre las expresiones que son arte y las restantes, que vulgarmente pasan como no artísticas, son empíricos y no pueden ser fijados concretamente. Un epigrama es arte. Y ¿por qué no una simple palabra? Hay una sola estética, una sola ciencia del conocimiento intuitivo o expresivo, del hecho estético o artístico, ciencia que abarca desde el hecho estético más simple, como una palabra y una frase, hasta el más complejo, como una epopeya. Cada uno de nosotros es un poco pintor, escultor, músico, poeta; bien poca cosa, es cierto, comparado con aquellos a quienes la sociedad da este nombre; pero este poco es de la misma naturaleza que aquel mucho de los llamados artistas.

La ciencia del lenguaje, en cuanto es reductible a filosofía, no es sino estética. Quien trabaja sobre las cuestiones generales de la lingüística, o sea sobre lingüística filosófica, trabaja sobre problemas estéticos y viceversa. Filosofía del lenguaje y filosofía del arte son una misma cosa. Para que la lingüística fuese una ciencia distinta de la estética, ésta no debiera tener por objeto la expresión, que es precisamente el hecho estético; esto es, se habría de negar que lenguaje es expresión. Pero una emisión de sonidos que no exprese nada, no es lenguaje; el lenguaje es sonido articulado, delimitado, organizado para la expresión.

Tal es condensada en sus líneas esenciales la doctrina de Croce sobre el lenguaje. Examinemos rápidamente su genealogía.

Herder, en sus *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad,* sostuvo la íntima, indisoluble conexión entre el lenguaje y la total organización corporal y espiritual del hombre. El lenguaje, según él, es una de las facultades primitivas indispensables para la expresión del espíritu humano.

Guillermo de Humboldt, que a su genio filosófico juntaba un conocimiento profundo de gran número de lenguas cultas y salvajes, afirmó sólidamente, con observaciones sacadas de su experiencia de poliglota, y desarrolló de una manera magistral los principios teoréticos de los que partiera Herder para llegar al concepto idealista del lenguaje humano. Sus ideas sobre el lenguaje se encuentran expuestas principalmente en su tratado *Sobre la diferencia de la estructura del lenguaje humano*. Junto a resíduos logicistas heredados de los gramáticos kantianos y que tienen por base la idea de una lengua perfecta, de una lengua arquetipo que hubiera venido con el tiempo a dividirse en tantas lenguas particulares cuantas son las facultades o temperamentos lingüísticos e intelectivos de las naciones, al lado de estos resíduos, Humboldt presenta en esta obra ideas completamente nuevas y originales y con ella abre una nueva vía de investigación y descubre con método seguro la verdadera naturaleza estética del lenguaje.

«Hay que considerar las lenguas, dice Humboldt, no como producto muerto sino como producción. El lenguaje es en su realidad algo continuamente y en todo instante pasajero. La lengua no es obra *(ergon),* sino actividad *(energeia).* Es el trabajo, eternamente repitiéndose del espíritu, para producir el sonido articulado capaz de la expresión del pensamiento. La lengua es el hablar. La lengua verdadera y propia consiste en el acto mismo de producirla por medio del discurso ligado; esto es lo que hay que considerar como primordial en las investigaciones que quieran penetrar en la esencia viva de la lengua. La fragmentación en palabras y reglas es el artificio muerto del análisis científico. El lenguaje no ha nacido de la necesidad de la comunicación exter-

na, sino que ha nacido de la necesidad interior de conocer y adquirir una intuición de las cosas. Ya desde sus principios el lenguaje es enteramente humano y se extiende a todos los objetos de la percepción sensible y de elaboración interna. El ser humano, como especie zoológica, es criatura cantante que posee el arte de saber juntar los pensamientos a los sonidos articulados.»

Humboldt en sus disquisiciones sobre la naturaleza del lenguaje descubrió un hecho nuevo que viene a ser el eje de toda la nueva doctrina idealista. Este hecho nuevo es la forma interna del lenguaje. Ésta no es ni el concepto lógico ni el sonido físico, sino puramente la visión subjetiva que el individuo tiene de las cosas, el producto de la fantasía y del sentimiento, la individuación viva del concepto. Unir la forma interna del lenguaje con la materia del sonido articulado es obra de síntesis interna. Y en esto, dice Humboldt, en esto más que en ninguna otra cosa, el lenguaje recuerda al arte en las formas más profundas y complicadas de su proceso. También el escultor y el pintor casan la idea con la materia, así corno el que habla une la idea o forma interna del lenguaje a la materia de los sonidos articulados. La forma interna del lenguaje está con su forma externa en la misma relación que tienen entre sí el alma y el cuerpo. Hay en el concepto de la forma interna del lenguaje un fondo de verdad indiscutible y este concepto constituye un fundamento y un punto de partida insubstituíble para el estudio de todas las cualidades de la estructura de cada lengua y de las relaciones entre todas ellas. Así como la forma externa del lenguaje sólo puede manifestarse sensiblemente en una lengua concreta y realmente existente, y más todavía, en cada uno de los momentos en que el individuo habla (porque no existen propiamente dos individuos que hablen de la misma manera, aunque hablen la misma lengua), de igual modo el concepto de la forma interna del lenguaje sólo puede ser entendido como la suma de las intuiciones positivas de cada individuo, las que determinan una forma externa determinada del lenguaje.

La doctrina de Croce, que acabamos de esbozar, fué el punto

de partida de Carlos Vossler para asentar la verdad de la naturaleza estética del lenguaje en bases técnicas (1). Vossler, educado en las tendencias historicistas, dominantes en la actual enseñanza universitaria de la filología, y dotado al mismo tiempo de un sólido sentido filosófico, ha sido el hombre providencial llamado a trasladar la doctrina de Croce de su esfera puramente teórica al campo mismo de la técnica filológica. Ha sido el estudioso llamado a demostrar que la doctrina estética de su maestro podía

II

CROCE Y VOSSLER. CRÍTICA DE SUS RESPECTIVAS TEORÍAS

Croce, en la parte teórica de su obra *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*, no hace más que glosar y rectificar lo que dice Hegel de la intuición como momento de la razón en el espíritu teórico subjetivo. Su trabajo consiste en trasladar el *arte* de la esfera del espíritu absoluto, donde lo pone Hegel, a la inferior del espíritu teorético o subjetivo, al cual pertenece la *intuición* en todo su desarrollo de representación y pensamiento. Cierto que la intuición es expresión en uno de sus momentos; mejor dicho, la intuición contiene el momento necesario de la expresión; pero sin que esto implique una ecuación entre los dos conceptos, como sostiene Croce. Intuición es lo genérico, expresión lo específico. La intuición tiene diversas manifestaciones de

(1) Véase *Positivimus und Idealismus in der Sprachwissenchaft (Eine sprachphilosophie Untersuchung),* Heidelberg, 1904. De este libro de Vossler, dedicado a Croce hay traducción italiana de T. Gnoli y española de M. de Montolíu. Véase asimismo el estudio de Vossler intitulado *Sprache als Schöpfung und Entudicklung*, del que también hay traducción italiana de Gnoli.

su actividad; la imaginación reproductiva, la asociativa, la productiva y creadora de símbolos y signos, o sea la palabra. Entre estos momentos de la intuición, la expresión ocupa una esfera; en el sistema de Hegel, la expresión no es más que el signo o la palabra. Por consiguiente, la expresión propia de la intuición no es arte en general, como quiere Croce, sino la palabra; y ésta aun considerada puramente como tal, y no como lenguaje regulado gramaticalmente ni como arte, porque en uno y otro concepto pertenece a la esfera superior del entendimiento o espíritu absoluto.

La intuición es una actividad del hombre en general. Todo hombre, en cuanto es hombre, tiene intuiciones y, por consiguiente, posee la facultad de expresarlas en forma de signos o palabras. La expresión necesaria de la intuición es una facultad universalmente, específicamente humana; y lo es también, en consecuencia, la creación del lenguaje o de la palabra, que es su expresión. Pero desde el momento que la creación del arte, en cualquiera de sus formas, no es patrimonio universal de todos los hombres, podemos concluir que es una forma de expresión no necesaria a la intuición y no nos queda más remedio que colocarla en una esfera superior, en la del espíritu absoluto, que sólo alcanza un reducido número de individuos.

Es cierto que el hombre, como hombre, sabe hablar; pero es falso, como afirma Croce, que todos los hombres sean un poco escultores, músicos, poetas y pintores, porque la creación de las formas de expresión representadas por estas artes no es del dominio universal, y hay personas que no poseen en absoluto el más mínimo sentido pictórico, musical, etc. Entre un músico compositor y un no-músico, esto es, una persona falta de sentido musical, hay algo más que una diferencia cuantitativa o de grado; es decir que en el músico compositor hay una facultad expresiva de forma concreta que no posee el que no tiene sentido musical. Y lo mismo puede decirse del pintor y del no-pintor, etc.

Solamente en el poeta puede decirse que en cierta manera la facultad expresiva se diferencia en grado de la del no-poeta; y es

porque el poeta tiene como medio de expresión la palabra, que es el general, el universal órgano de expresión de todos los hombres. Y por esto se dice que el pueblo es poeta. Pero nunca se dirá que el pueblo sea pintor, ni escultor.

La lengua, como lengua, es decir, como expresión popular, tiene un carácter que no tiene el arte: y es que, mientras el no-artista no puede aprender el arte, la lengua es lengua precisamente porque la aprende todo el mundo. Nosotros recibimos heredada la lengua de nuestros padres y antepasados; y aun cuando haya en el espíritu de cada individuo una facultad individual creadora del lenguaje, poca o mucha, existe, sin embargo, en la función efectiva del lenguaje una parte mecánica o automática que se opone, en la inmensa mayoría de los hombres, a la creación verdaderamente artística. Solamente el poeta es poeta porque sabe librarse de este aspecto fatal, impuesto o mecánico del lenguaje, que es propio y característico de él como expresión humana general. El arte es expresión excelsa de la personalidad, y así mismo lo es la palabra del poeta. Pero en el común de la gente, la palabra, en general, es expresión de un índice común a toda la humanidad, es órgano de expresión de un sentido social y colectivo y, por consiguiente, no es expresión artística. ¿Qué es el arte del escritor, el arte del poeta, sino la lucha victoriosa del artista con la masa inerte del lenguaje común, para librarse de su esclavitud y abrir violentamente en su dura corteza, un cráter luminoso que deje paso libre a la divinidad alada de la expresión única, de la expresión individual? Esta lucha con el propio idioma es la mejor demostración de la diferencia profunda que existe entre lenguaje como medio de comunicación y lenguaje como creación artística. No hay arte sin esfuerzo. El artista ve la palabra, el poeta es el que siente la divina tortura de superar el lenguaje común, elevándolo a una forma ejemplar y trascendente. Vossler recuerda al hablar de este aspecto del lenguaje unas palabras de Goethe y otras de Schiller. Las de Goethe dicen así: «Muchas cosas he ensayado en mi vida; he dibujado, he esculpido en cobre, algo he intentado también con la arcilla; pero todo

de una manera inconstante y no he hecho nada acabado. Sólo una tarea única la he realizado casi hasta la maestría: escribir en alemán. Y estoy consumiendo, desventurado poeta, vida y arte en la materia más dura.»

Las palabras de Schiller son las de su célebre dístico sobre la lengua: «¿Por qué el espíritu viviente no ve aparecer al espíritu? Habla el alma, pero ¡ay!, entonces el alma no habla ya más. »

Son, pues, los mismos poetas, los mismos que cultivan el lenguaje como arte, los que nos dan testimonio de la esencial diferencia entre la lengua común y la lengua como pura expresión estética. La lengua común, ese inmenso arsenal de frases hechas, si es *forma* del pensamiento para los individuos de la masa, es pura *materia* para el artista de la palabra, para el poeta, el cual imprime en ella el sello de una nueva *forma* radiante, completamente personal.

Dice Croce: «Hemos de sostener firmemente la identificación [entre el arte y la intuición], por que el haber separado el arte de la vida espiritual común, el haber hecho de él no sé qué especie de círculo aristocrático o de función singular, ha sido una de las causas principales que han impedido a la estética, ciencia del arte, llegar a la verdadera naturaleza, a las verdaderas raíces de éste en el alma humana... No hay una ciencia de la intuición pequeña y otra de la grande, una de la intuición común y otra de la artística, sino una sola *estética,* ciencia de la cognición intuitiva o expresiva, que es el hecho estético o artístico. Y esa estética es el verdadero analogón de la lógica, la cual abarca como hechos de la misma naturaleza, la formación del más pequeño e insignificante concepto y la construcción del más completo sistema científico o filosófico» (1).

Croce, aunque no lo parezca a través de la diafanidad de sus conceptos, en realidad es en este punto un confesionario. Naturalmente el arte radica en el espíritu humano universal: pero sólo virtualmente, en potencia; sólo llega al acto en unos pocos. La

(1) *Estetica,* página 17.

comparación con la lógica carece de base, porque la lógica no tiene el elemento *expresión* esencialmente como la estética. El concepto más vulgar cae dentro de la lógica lo mismo que el más alto sistema filosófico. Pero en la estética la expresión es un momento esencial, y es un verdadero índice para conocer, si no la cualidad, al menos el nivel de la intuición, no más intensa que en el no-artista, es cierto; básicamente, la intuición primitiva es la misma en los dos. Pero mientras en el no-artista la intuición queda en aquella esfera del espíritu donde sólo se produce como expresión hablada, en el artista la intuición se eleva a la esfera superior de la idea; es una intuición superada por la idea en su elemento sensible y contingente, intuición que engendra una expresión idealmente más alta, en forma de poesía, música, etc. La materia de una intuición dada podrá ser la misma en el individuo artista y en el no artista; la diferencia esencial entre la intuición de uno y la del otro estará en la forma, que será vulgar y corriente en éste, mientras en aquél adquirirá una trascendencia ideal y ejemplar por haber sabido enlazar en esa forma dos cualidades opuestas y complementarias: la individualidad y la universalidad.

Croce, aunque partiendo de doctrinas idealistas, rebaja el arte a un nivel empírico, sensual y democrático inadmisible. Olvida sobre todo de tratar el arte con el criterio de la forma, que completa y rectifica el criterio de la expresión, que es el que exclusivamente emplea.

La diferencia entre la intuición artística y la no artística no es de cualidad ni de cantidad, no es de origen ni de naturaleza, sino de evolución, de momento en la esfera del espíritu. Croce, para decirlo en palabras vulgares, se queda a medio camino. Si hubiese seguido las ramificaciones de la expresión, se hubiera encontrado con la idea de la forma, clave para la explicación de la esencia de las obras de arte propiamente dichas.

Croce además no hace obra de critica filosófica con su tesis de la confusión entre intuición artística y no artística; porque aun admitiendo que la diferencia fuese puramente cuantitativa, el filó-

sofo debe señalar los límites entre un grado y otro grado para saber dónde acaba uno y dónde comienza otro.

Resumiendo todas las consideraciones precedentes, fijaremos estos principios:

1º Todo arte es expresión, pero no todo expresión es arte.

2º La intuición tiene una expresión necesaria, general : el lenguaje: y tiene otras no necesarias, individuales, como la expresión artística, la poesía, la música, la pintura, etc.

Admitiendo que todo lo que es expresión es un hecho estético, naturalmente el lenguaje cae dentro de la esfera de la estética. Pero, ¿hemos de admitir en absoluto la ecuación entre arte y lenguaje? De que la estética sea siempre expresión, no se sigue que toda expresión sea estética. El lenguaje es expresión, ciertamente; pero es una de las muchas formas de expresión. Expresión es un término genérico que comprende muchas especies. Por lo demás, el mismo Croce se encarga de proporcionarnos un argumento definitivo a favor de nuestra opinión. Croce, en efecto, dice que hasta la lógica es expresión, pero necesita también del lenguaje. Pero Croce está muy lejos de admitir la consecuencia de que la lógica se confunda con la estética; consecuencia que se impone en caso de admitir como él la ecuación entre expresión y estética. Así como de la aserción de que toda rosa es una planta no se sigue que toda planta sea una rosa, de la aserción que todo arte es expresión no se sigue que toda expresión sea arte.

Croce cae en una grave contradicción. Hablando del aspecto estético de la lógica, dice que aunque pensar lógicamente es hablar, hablar no es pensar lógicamente (1). ¿Por qué, pues, no admite paralelamente que, aunque pensar estéticamente sea siempre hablar, no por eso hablar es siempre pensar estéticamente?

Si Croce del aspecto estético o expresivo de la lógica no deduce la identidad entre lógica y estética, ¿por qué razón deduce

(1) *Estetica,* página 26.

presivo del lenguaje? ¿Es que el lenguaje no es una actividad tan diferenciada como pueda serlo la lógica, del hecho propiamente estético, o sea el arte? De que tenga un aspecto común con el arte (el elemento expresivo), no se sigue que tengamos que confundirlo con él. Nadie ha puesto jamás en duda que la esfera del arte sea la estética. Es asimismo indudable que la lengua como arte tiene un nombre específico que responde a una substancia específica: poesía, o, si se quiere, literatura. Por consiguiente, toda lengua que no sea poesía cae fuera del campo de la estética (aunque tenga relación con ella) y entra en la esfera general intuitiva del espíritu.

La doctrina de Croce lleva a las más graves confusiones entre las más diversas actividades del espíritu. Así, según su sistema, podríamos decir que todo el que habla, por el hecho de emitir sonidos musicales más o menos precisos, es músico; que todo el que camina más o menos rítmicamente, es danzarín, etc. La inversa es la verdad: el músico, porque es músico y tiene oído musical, habla musicalmente; el danzarín, por serlo, camina rítmicamente.

Así, pues, el arte, porque es arte, es expresión; pero no toda expresión, por ser expresión, es arte. El mismo Croce aplica este razonamiento a la ciencia y a la lógica, porque decir, como dice, que tienen solamente un lado común con el arte, es confesar que son algo diferente de él.

El lenguaje es una actividad en parte intelectiva : esto es innegable. Lenguaje y lógica no son una misma cosa, pero la lengua es una manifestación de la facultad intelectiva y tiene su aspecto lógico. La prueba concluyente de ello es que la inmensa mayoría de las palabras o signos lingüísticos no designan un individuo ni tienen un significado concreto, sino que significan generalmente abstracciones mentales más o menos extensas, son signos arbitrarios con que designamos en realidad entes genéricos. Puras intuiciones son, como dice Croce (1) *este río, este*

(1) *Estetica*, página 25.

arroyo, esta fuente; agua (en general) es concepto. ¿No descubrimos en la expresión hablada de estas intuiciones y de estos conceptos la cualidad mixta del lenguaje? Si nuestras palabras fuesen puras intuiciones, tendríamos una sola palabra distinta, un solo nombre distinto para cada una de ellas; al agua en sus infinitos aspectos y formas no la llamaríamos nunca *agua,* ni usaríamos tampoco los nombres *mar, río, arroyo,* etc.; sino que tendríamos un nombre distinto no sólo para cada mar, para cada río, para cada arroyo, sino para cada forma y para cada momento concreto de la aparición física del agua y de su percepción en el espíritu; y el agua de hoy tendría nombre distinto del agua de mañana y un río tendría nombre distinto según el lugar, el color, etc. Y entonces ni la palabra *agua,* ni la palabra *río,* ni la palabra *arroyo* existirían, al menos en su valor actual, porque todas ellas no representan intuiciones, esto es, algo concreto e individual, sino abstracciones más o menos extensas.

La palabra y su significación no están ligadas por ningún lazo fatal determinado por alguna ley de la naturaleza; están ligadas por un acto de arbitrio, por un acto de libertad del espíritu que dura lo que éste quiere. Y una manifestación esencial de este carácter arbitrario de la unión entre la palabra y su contenido, es el valor de abstracción genérica que damos a la mayoría de las palabras que usamos en nuestro léxico habitual.

Si la lengua fuese, como pretende Croce, un puro hecho intuitivo, un registro fiel de nuestras intuiciones, se reduciría en realidad a una formidable masa de nombres propios. La palabra *flor* no existiría, ni tampoco *rosa,* ni *clavel,* ni *violeta,* sino que cada rosa, cada clavel y cada violeta tendría un nombre diferente, o mejor dicho, nombres diferentes, según el estado, las circunstancias, la apariencia de cada una de ellas, y también según el estado de ánimo del observador.

Una lengua reducida a un conjunto de nombres propios es precisamente la negación de la lengua. *La lengua, es, como tal, un sistema de signos abstractos y arbitrarios, con los cuales, sin embargo, nos es dado individualizar y concretar hasta cierto grado los obje-*

tos de nuestras intuiciones. Una palabra, un nombre, sólo puede individualizar un objeto de nuestra facultad intuitiva mediante la agregación de otras palabras que limiten su abstracción, su valor genérico original. Para individualizar mi intuición del caballo que estoy viendo, he de añadir a la palabra *caballo,* un adjetivo, una frase, un verbo; *este caballo, el caballo blanco corre por la pradera,* etc. Y obsérvese que jamás llega a concretarse la significación del signo lingüístico, ni con ayuda de otros signos determinantes, hasta el extremo de reflejar íntegramente la individualidad perfecta de cada intuición. Esta concreción perfecta sólo está en mi interior, en mi conciencia. La lengua es un instrumento siempre imperfecto para la expresión de nuestras intuiciones; por grande que sea el dominio que tengamos sobre nuestra expresión hablada, no lograremos reflejar en ella, de una manera directa y con medios propiamente lingüísticos, toda la realidad de cada una de nuestras intuiciones. En la lengua de los más geniales maestros del lenguaje, los grandes escritores, siempre queda un residuo inexpresado. Y si algo de este residuo logra comunicarse al ánimo del oyente o del lector, es gracias a medios complicados de sugestión que nada tienen que ver con los recursos propiamente lingüísticos.

Ni aun los llamados nombres propios individualizan perfectamente la intuición correspondiente. Este río es *El Plata.* Este nombre representa, pues, mi intuición de un determinado río. Pero es pura ilusión la intuición contenida en este solo nombre, porque el río *El Plata* no produce en mí la misma intuición que en otro sujeto cualquiera; ni mi intuición es la misma si miro *El Plata* desde Buenos Aires o desde Montevideo o desde cualquiera de los distintos parajes de sus márgenes. Todas esas intuiciones diferentes del mismo río tienen una expresión puramente estética. Así, pues, un nombre propio, el nombre que con mayor fuerza individualiza nuestras intuiciones, es también una abstracción, lo mismo que los nombres comunes o apelativos.

De las consideraciones precedentes se desprende la conclusión de que la palabra es el reflejo del valor lógico o intelectivo del len-

guaje. Toda palabra tiene en su base un concepto más o menos abstracto.

El aspecto estético del lenguaje está representado por otro de sus elementos. Una sola palabra, en cuanto es un nombre dado a una cosa o a una acción, no basta, como hemos visto, para expresar la individualidad absoluta, propia de la intuición; el lenguaje puede lograrla únicamente por medio del conglomerado orgánico de palabras que se determinan y concretan mutuamente. Cuando digo *moza, hermosa, vaquera* expreso conceptos más o menos abstractos; pero cuando el poeta une estas tres palabras o nombres en unos versos sugeridos por una intuición viva y concreta, experimentada en un momento determinado de su vida, y dice: *Moza tan hermosa —no vi en la frontera,— como una vaquera de la Finojosa,* expresa no un concepto ni una abstracción, sino una sola intuición hasta el grado de individualización posible, dados los recursos del instrumento expresivo del lenguaje.

Así pues, el lenguaje como actividad estética se manifiesta en forma de frase o sistema orgánico de palabras. Las abstracciones o conceptos representados en las palabras se concretan y determina unos a otros y dan por resultado una individualización más o menos perfecta de la intuición.

Ahora podemos ver claramente en qué consiste la esencial distinción entre el arte y el lenguaje. El lenguaje es como el arte un hecho estético, pero un hecho estético que se produce con el concurso de conceptos y abstracciones, mientras que la obra de arte es la expresión de intuiciones individuales que no es dado descomponer en conceptos y abstracciones, sino en otras intuiciones individuales, formando un todo orgánico. Un cuadro, por ejemplo, no contiene ningún concepto ni abstracción, sino una sola intuición, integrada por un conjunto organizado de otras intuiciones subordinadas.

Se objetará tal vez que el pintor hace uso de elementos en cierta manera abstractos, como por ejemplo los colores. Pero aun admitiendo que el color sea una abstracción, hallaremos una

esencial diferencia entre esta especie de abstracciones y las propias del lenguaje.

Efectivamente, las abstracciones de que hace uso el lenguaje, o sea, las palabras, tienen un contenido determinado, son signos que comprenden una serie de realidades, mientras los colores no tienen en sí contenido y significado concreto de realidad; el nombre es un concepto, el color es una impresión subjetiva, una abstracción sólo aparente. Con un conjunto de nombres o palabras podemos lograr la expresión de una intuición individual, mientras la pura combinación de colores dará el mismo resultado psicológico que un color solo: una impresión subjetiva sin contenido ni significación. Y en realidad, el pintor no opera con colores ni con líneas ni con otros elementos abstractos, de la manera que el que habla opera con nombres o palabras. Una línea, un color, no pueden estar aislados en la esfera del arte, porque nada significan para nuestro espíritu; mientras que un nombre, una palabra pueden aislarse perfectamente y subsistir por sí solos con determinada y plena significación. Y la razón es que la naturaleza de la pintura es absolutamente estética y su función es puramente intuitiva, sin mezcla de abstracción conceptual, al paso que el lenguaje tiene una naturaleza mixta, estética e intelectiva, lo que da por resultado que sus elementos lógicos o intelectivos, es decir las palabras, tengan una independencia y un valor propios.

¿Qué sería el lenguaje destituído de todo elemento lógico o conceptual, el lenguaje reducido al puro elemento estético? Pues, sencillamente, dejaría de ser lenguaje, sería simple canto, se confundiría en un todo con la música. El lenguaje, desprovisto de sus elementos intelectivos, queda reducido a una serie de sonidos expresivos, esto es, canto, música. El elemento material del lenguaje es el sonido producido por nuestros órganos vocales, así como el elemento material de la pintura es el color.

El lenguaje reducido a procurar a la materia de una intuición una forma estética en que no interviniese más que el sonido vacío de toda idea o concepto, no daría otro resultado que una su-

cesión de articulaciones musicales, en la que sería imposible distinguir momentos determinados con significación propia e independiente —quiero decir palabras—, como en realidad no cabe distinguir en una frase musical notas o sonidos expresivos por sí mismos, porque toda nota musical adquiere valor expresivo únicamente colocada dentro del conjunto orgánico de la frase melódica.

Así, pues, el lenguaje, destituído de su elemento lógico, queda reducido a pura música; y desde el momento que todos tenemos conciencia de la distinción entre música y lenguaje, su diferencia no puede provenir sino de la presencia de una actividad intelectiva en la función de este último. La naturaleza mixta estética y lógica que caracteriza al lenguaje, ya fué puesta de relieve por Guillermo de Humboldt. Es una exageración insostenible la rotunda afirmación de Vossler: «La lengua no da conceptos, sino solamente intuiciones»(1). Resulta entonces que el lenguaje es fenómeno estético como frase, y actividad lógica en la que se refleja la facultad de abstracción como palabra.

Examinemos ahora la función expresiva del arte. El arte tiene en realidad una forma expresiva para cada intuición. El paisaje de este cuadro es la representación de la intuición determinada que tuvo el pintor en determinado momento de su vida, expresada con la forma y el color. Podrán otros pintores pintar el mismo paisaje en las mismas circunstancias en que la pintó el primero; pero siempre producirán una cosa distinta, porque las intuiciones no son nunca las mismas en distintos individuos.

En aquel cuadro sí que podremos decir que cada cosa tiene su nombre propio y distinto, un nombre de color y forma; y en este nombre no habrá nada de abstracto, sino que todo en él será concreto, individualizado. Esta poesía que estoy leyendo es una intuición determinada del poeta, expresada en una forma que, aunque inundada de abstracciones, como son las palabras, se libra de la abstracción en virtud de una facultad del

(1) *Positivismus und Idealismus in der Sprachwissenchaft,* página 46.

poeta que sabe sujetar su instrumento expresivo a las exigencias de la pura intuición. Esta poesía es también un sistema de nombres propios y distintos, en que cada intuición tiene su expresión inconfundible.

Croce deduce un colorario de su concepto de la expresión: la individualidad de la obra de arte. «Toda expresión, dice, es una expresión única» (1). Esto es verdad en un sentido limitado; porque si es cierto que una sinfonía de Beethoven tiene solamente valor en su totalidad, no por esto cada uno de sus tiempos, y aun cada uno de sus motivos, deja de tener valor propio y de constituir una obra de arte. Naturalmente, la sinfonía es una unidad invisible como tal sinfonía, pero cada una de sus partes y motivos tiene una relativa independencia dentro de la total unidad. El árbol, como objeto estético, es indivisible; pero el ramaje, el tronco, las flores, las hojas y el fruto tienen un valor propio dentro del sistema orgánico del que formó parte.

Y en este punto sorprendemos también la diferencia del arte con el lenguaje. La frase viva de un hombre ignorante representa una sola intuición estética, es verdad; pero las partes o los momentos de esta frase, sus palabras, no son como las figuras de un cuadro o los motivos de un tiempo de sinfonía, expresiones de puras intuiciones, sino de conceptos más o menos abstractos.

La afirmación de que toda expresión es única, aplicada al lenguaje, es verdad solamente atendiendo al lenguaje ideal, al lenguaje como arte; pero es falsa cuando intentamos aplicarla a la lengua vulgar, a la lengua común, instrumento de relación social, medio de comunicación dentro de una determinada colectividad. El mismo Vossler, que es quien más ha extremado las consecuencias de la doctrina de Croce, admite, al lado del momento activo, creador de la lengua, otro momento pasivo y mecánico, y otro mixto de los dos, que él califica de momento de evolución. El hecho es que la lengua posee en todos los idiomas y dialectos conocidos una multitud de expresiones, no únicas para cada caso y para cada

(1) *Estetica*, página 23.

individuo, sino aplicables a las más diversas circunstancias objetivas y subjetivas, y usadas por lodos los individuos de la comunidad. ¿Quién no habla en innumerables momentos de su vida con lo que llamamos «frases hechas»? ¿Qué son los refranes sino fórmulas expresivas, simplificadoras, que nos impiden muchas veces expresar nuestra intuición con toda su real individualidad? Este aspecto de la lengua es, según Vossler, la parte muerta; pero no por esto deja de constituir cuantitativamente la parte más importante del lenguaje.

Si aplicásemos rigurosamente la afirmación de que toda expresión es única, resultaría que cada individuo tendría una lengua propia y distinta de la de los demás.

Vossler tiene solamente en cuenta el espíritu individual. Pero en el vulgo, por formar parte de agrupaciones muy numerosas, el individuo queda reducido a pequeña expresión. En el individuo del vulgo la lengua está regida por una *vis minima,* en gran parte de carácter automático y mecánico. En los individuos del vulgo la lengua sufre, dentro de grupos más o menos amplios, y de una manera igual y con una regularidad mecánica, la influencia del. ambiente que les rodea. No se puede admitir que la expresión hablada, la palabra, se halle tan estrechamente ligada con el espíritu individual de cada uno. En la humanidad hay innumerables Sanchos que, al hablar con el más pintoresco sistema de frases hechas y refranes, expresan en realidad no su espíritu individual, sino el fondo común del alma popular; el individuo desaparece en su lenguaje. La vida de la lengua es en último término el resultado del compromiso entre dos fuerzas: la fuerza impulsiva del espíritu individual de los selectos, que actúa como *vis maxima,* del espíritu en tensión, y la fuerza de inercia de los espíritus vulgares, moldeados según patrones uniformes, que actúa como *vis minima* o como manifestación mecánica

Esta doble naturaleza del lenguaje ya la puso de relieve Guillermo de Humboldt: «No es ninguna frase vacía de sentido, escribe, decir que *la lengua* es una actividad espontánea, sur-

giendo de sí misma y divinamente libre, pero que *las lenguas* están ligadas por un lazo de dependencia a las naciones a las que pertenecen».

Croce pasa rozando junto a la naturaleza intelectiva del lenguaje, y no se decide a tocarla. Cuando dice que el pensamiento no puede estar sin hablar, y que la ciencia tiene su lado estético porque ha de expresarse con palabras, no hace más que confirmar el aspecto intelectivo o lógico del lenguaje (1).

El concepto, la lógica, la ciencia, tienen como único órgano de expresión: el lenguaje. Messner, según dice Hegel, intentó llegar a pensar sin servirse de palabras y estuvo a punto de volverse loco. ¿No es esto señal evidente de que el lenguaje tiene algo de conceptual y de lógico? Porque, ¿cómo podría yo expresar un concepto con un medio que nada tuviese de conceptual? Si la expresión es arte, según Croce, porque el arte es inseparable de ella, el lenguaje ha de ser también lógico porque también la lógica es inseparable de él.

Observemos asimismo lo siguiente: si las formas de expresión de las artes propiamente dichas tuviesen una naturaleza totalmente idéntica a la del lenguaje ¿por qué éste tendría que ser precisamente el único elemento de expresión del concepto o de la lógica, y no habrían de serlo igualmente las demás formas de expresión artística? ¿Por qué nuestros conceptos no se podrían expresar con música o con colores al mismo tiempo que con palabras? Esta exclusividad del lenguaje como medio de expresión del pensamiento, nos dice que hay en él un elemento lógico que no existe en las demás formas de expresión artística, las cuales por esto mismo son impotentes para servir de expresión del concepto.

Esta naturaleza mixta del lenguaje no escapó a Hegel. En el fondo, como ya he dicho, toda la doctrina de Croce está contenida en la *Filosofía del espíritu teorético* del gran idealista alemán. La estética, como ciencia de la expresión, está estudiada

(1) *Estetica,* página 28.

en el tratado de la intuición *(Anschauung),* y la lógica ciencia del concepto o de la idea pura, se contiene en el tratado del *Pensamiento*. Que la intuición es expresión, lo dijo ya Hegel en su teoría de los *signos*. El lenguaje ocupa en su sistema un lugar intermedio entre la *intuición* y el *pensamiento, o* lo que es lo mismo, según la terminología crociana, entre la estética y la lógica. Y esto coincide con el concepto justo del lenguaje, anillo de unión entre la lógica y la estética.

Croce trata en vano de eludir la naturaleza lógica del lenguaje. Sin advertirlo, expone frecuentemente ideas que implican el reconocimiento de este aspecto intelectivo. Así por ejemplo, dice en un pasaje: «El que entre en una galería de cuadros o el que se ponga a leer una serie de poemas varios, podrá, después de haber mirado y leído, proceder más allá, e indagar la naturaleza y las relaciones de las cosas allí expresadas. Así aquellos cuadros y aquellas composiciones, cada uno de los cuales es un individuo lógicamente inexpresable, se le van resolviendo en universales y abstracciones, como *vestidos, paisajes, retratos, vida doméstica, batallas,* etc.» (1). De suerte que el mismo Croce confiesa implícitamente que estas palabras representan universales y abstracciones; esto es, que el lenguaje es lógico, Y aun lo dice más claro en otro pasaje: «Che cosa sono le parole *crudeltà, idillio, cavalleria, vita domestica,* etc., se non l'espressioni di quei concetti?» (2).

Pero a esto contestarían los crocianos y sus discípulos con la afirmación distintas veces repelida de que las palabras no son ninguna realidad en el lenguaje; que desde el punto de vista estético, la única realidad es la frase o el nexo orgánico de las palabras. Ahora bien, si demostramos que también las palabras tienen realidad, habremos demostrado que el lenguaje no es solamente una actividad estética, sino al mismo tiempo una actividad lógica o expresiva de conceptos.

(1) *Estetica*, página 38.
(2) *Estetica*, página 39.

Por un lado tenemos un hecho: no hay frases que no se puedan reducir idealmente a una sola palabra. Efectivamente, hay lenguas que expresan con una palabra sola lo que otra lengua expresa con una frase. De aquí se sigue que la unidad ideal del lenguaje, perfectamente equivalente a la unidad real de cada intuición, es la palabra y no la frase, elemento complejo e idealmente simplificable.

Pero, por otro lado, tenemos que así como no se concibe ninguna frase que no sea idealmente reductible a una palabra, el caso inverso no se da. Hay palabras, en todas las lenguas reales y posibles, que son irreductibles a una frase. Si la frase *el sol da luz* se puede reducir idealmente a una sola palabra, *el-sol-dando-luz,* en cambio las palabras *sol* y *luz,* como nombres, sí son en muchas lenguas irreductibles a una frase. Y no se diga que cuando pronunciamos estas palabras en la vida real, equivalen a frases en todas las ocasiones. Esto será verdad cuando se usen con carácter interjeccional; por ejemplo, cuando después de un dia de niebla, lluvia y frío, sale el sol y yo exclamo: *¡El sol!,* expresando con esta palabra la compleja sensación que me produce la aparición de ese astro; o cuando Oswald, en el último acto de los *Espectros* de Ibsen, repite su famosa exclamación: *¡El sol!,* o cuando Goethe, agonizante, dice: *¡Luz!*

Pero, en realidad, hay momentos en nuestra vida en que damos lisa y llanamente un nombre a las cosas. Yo puedo ver una mañana salir el día y puedo decir *luz,* sin otra intención que la de nombrar aquello que aparece ante mis ojos. Y entonces sería en vano buscar una frase equivalente a esta pura acción mía de nombrar la cosa que veo. El nombre *luz,* pues, constituye en este caso, como tal nombre, una perfecta realidad, una unidad elemental irreductible. Y esto se halla confirmado por todas las lenguas del mundo: no hay ni es concebible una lengua que no tenga nombres irreductibles para nombrar las cosas. El acto de nombrar o de dar nombre a las cosas siempre será un momento esencial en la vida del lenguaje; y siempre será una realidad viva aquel simple acto de Adán cuando el Génesis dice de él: *omne enim quod*

vocavit Adam animae viventis, ipsum est nomen ejus (II, 19).

No quiero decir con esto que todas las palabras sean realidades lingüísticas; son solamente realidades aquellas palabras que tienen por función marcar con un *signo* las cosas reales y las abstracciones mentales de las realidades sensibles, aquellas palabras que son nombres. Y uso aquí la designación de *nombre* no en sentido gramatical, sino en sentido lógico; de suerte que nombre en ese sentido será una palabra que designe tanto una idea de substancia o cualidad como una acción o un hecho, tanto un substantivo o adjetivo como un verbo. Fuera de esta categoría de palabras no hay más que abstracciones gramaticales; y abstracciones gramaticales son en realidad las demás partes de la oración, como son las preposiciones, conjunciones y cualesquiera otras que el análisis lógico de el lenguaje pueda encontrar.

La correspondencia entre concepto y palabra fué también observada por Humboldt: «La palabra, dice, no hace el lenguaje, es verdad; pero es su parte más importante, y dentro de la lengua es lo que en el mundo de los vivos es el individuo. No es de ningún modo indiferente que una lengua exprese con una frase lo que otra expresa con una sola palabra... La ley de la articulación padece necesariamente cuando aquello que en el concepto se representa como una unidad no aparece de igual manera en la expresión; y toda la eficacia vital de la palabra, como individuo, falta al concepto que no puede disponer de una sola palabra expresiva. Al acto de la inteligencia que produce la unidad del concepto, corresponde, como signo sensible, la unidad de la palabra, y ambas unidades han de acompañarse mutuamente en lo posible.»

Ahora bien, el nombre es un signo, una definición, una categoría lógica, la impresión imperfecta, es cierto, de un puro concepto. Para dar a mi sensación del sol, por ejemplo, el nombre *sol,* aunque el objeto que me impresiona sea individual y concreto, no expreso con su nombre toda la intuición individual, porque me veo forzado a hacer una reducción mental de la realidad, una abstracción de la totalidad compleja de mi intuición. Todo nombre es, pues, un símbolo.

Si N es mi intuición del *árbol,* el nombre que le doy no será la exacta representación mental de N, porque no será la expresión total de mi intuición; en este caso habría una equivalencia perfecta entre el nombre y la cosa. El nombre que yo dé al *árbol* será *n,* representando esta letra la condensación o reducción mental de mi intuición. Ahora bien, si representamos la intuición de la realidad del *árbol* por N, y algunas de las muchas sensaciones e imágenes inherentes a mi intuición, como son: tronco, ramas, hojas, etc., por X, Y, Z ... tendremos esta fórmula de la equivalencia del nombre del *árbol* con mi intuición del sol:

$$N(X, Y, Z \ldots) = n$$

Es decir, el nombre será, en el más literal y estricto sentido, una pura abstracción subjetiva de la intuición correspondiente. Y este carácter de abstracción que posee todo nombre, es precisamente el que explica la función metafórica de todo nombre; por lo mismo que el nombre *sol* no es una equivalencia perfecta de mi intuición del sol, existe la posibilidad de aplicar su nombre a otras cosas, a otros astros, a una piedra preciosa, a los ojos de una mujer hermosa, etc. Así, pues, la palabra, como nombre, es una realidad, pero una realidad abstracta, lógica; una realidad sensible correspondiente a la realidad espiritual del concepto, porque no es más que su expresión.

Por consiguiente, podernos aceptar que la frase sea la realidad estética del lenguaje mientras entendamos bajo la palabra «realidad » la expresión de una intuición; pero la palabra, como nombre, siempre quedará como una realidad lógica, necesaria y esencial en el lenguaje. Es falso, en consecuencia, calificar exclusivamente el lenguaje como hecho estético, ya que en la palabra como nombre hay una realidad lógica; realidad que se manifiesta continuamente en la actividad lingüística de cada uno de nosotros.

Resumiendo, podemos definir el lenguaje como *la forma estética expresiva de nuestras intuiciones (representada por la frase)*

construída con materiales lógicos (nombres, palabras). La escuela idealista de Croce ha pasado por alto la naturaleza compleja del lenguaje, y, en su afán sistematizador, ha olvidado la verdad que el fundador de la filosofía del lenguaje, Guillermo de Humholdt, formuló hace más de un siglo, cuando escribió: « La lengua es al mismo tiempo imagen y signo: no es totalmente un producto de la impresión de los objetos ni tampoco totalmente un producto del libre arbitrio del que habla, sino un producto mixto de ambos elementos. »

Una de las bases del positivismo filológico es la tendencia dominante de las lenguas hacia la uniformidad. Si nosotros, dicen los positivistas, no fuésemos capaces de reproducir fielmente los sonidos percibidos en boca de otros, todo hablar acabaría por ser imposible; si no existiese un impulso hacia la uniformidad fonética, no se hubiera formado nunca ninguna lengua y ninguna de ellas se hubiera conservado.

Contra esta concepción del lenguaje, Vossler hace las siguientes consideraciones. Toda expresión hablada es en su naturaleza y en su esencia creación espiritual, individual. A una intuición interna corresponde siempre una sola forma de expresión. Tantos individuos, tantos estilos. Traducciones, imitaciones, perífrasis son nuevas creaciones individuales que pueden resultar más o menos semejantes al original, pero que no pueden jamás ser idénticas a él. Lo que solemos llamar usos sintácticos y reglas de lenguaje son conceptos inexactos, nacidos de un estudio empírico, positivista y superficial, que no pueden subsistir ante una ciencia rigurosamente idealista y crítica del lenguaje. Si los hombres se entienden mutuamente, ello no se debe a la comunidad de las convenciones lingüísticas o del material lingüístico o de la estructura de la frase, sino simplemente a la comunidad de la facultad de hablar. Lenguas y dialectos no existen en realidad. Estos conceptos han nacido de agrupaciones más o menos convencionales, y si tienen un gran valor práctico y sirven mucho para la ordenación y la investigación de los hechos lingüísticos en el tiempo y en el espacio, no tienen en cambio ninguna reali-

dad ni valor teoréticos. Imaginémonos por un momento que encerramos en un recinto, aislados de toda comunicación exterior, a dos individuos que pertenezcan a las comunidades lingüísticas más heterogéneas, y entre los cuales no existan convenciones lingüísticas de ningún género; pues bien, aun en esas condiciones, no pasará mucho tiempo sin que se lleguen a entender, merced únicamente a su facultad común del lenguaje. De esta manera se ha formado la lengua inglesa y otras lenguas. De esta manera tiene lugar toda evolución lingüística. Cada cual aporta su modesto concurso; cada cual toma parte en la obra común con su actividad creadora. Hablar es creación espiritual. Una lengua no puede, en el propio sentido de la palabra, ser aprendida, sino como dice profundamente Humboldt, sólo puede ser despertada. Hablar por pura imitación es cosa de papagayo. Por esto el papagayo no tiene estilo y no es ningún centro lingüístico; es por decirlo así, la personificación de la convención lingüística, es pura pasividad; escarnece la lengua, pero no la crea. En cada uno de nosotros hay ciertamente un poco de papagayo. Y este poco es el déficit o el pasivo en nuestra facultad de hablar, y por consiguiente no es nada positivo, nada existente, ningún principio sobre el cual pueda fundarse una ciencia. Allí donde empieza el déficit, cesa y muere la facultad del lenguaje y allí se encuentra al mismo tiempo el límite de la ciencia del lenguaje. Estudiar una lengua como convención y regla, significa estudiarla no científicamente.

De primera impresión puede parecer absurdo sostener que la unidad y la uniformidad de la lengua y de la pronunciación sea el resultado de la pasividad espiritual, así, pues, algo negativo y extraño a nuestra facultad de hablar. Pero hay que considerar que todo individuo, en cuanto adapta al ambiente sus ideas, sentimientos, costumbres, etc., y también su lengua, sufre una limitación en su individualidad. Esta limitación se opera en parte dentro de cada uno de nosotros de una manera inconsciente, y el resultado es que cada individuo se comporta pasivamente; o bien, nos esforzamos por sujetarnos a esta limitación con un acto

expreso de voluntad, y nos hacemos violencia para conseguir la limitación de la propia espiritualidad. Pero nótese que si obramos de esto último modo, lo hacemos por razones prácticas, ya económicas, ya morales. De esta manera resulta la curiosa combinación de que aquello que es pasividad espiritual aparezca en el mundo práctico como una actividad hija de un gran esfuerzo. El que procura reproducir rigurosamente y sin ninguna intención artística una pronunciación extranjera o el estilo de otro, se esfuerza en ser un papagayo y en descender a un plano de pasividad.

¿Cuál será, pues, la misión de la ciencia del lenguaje? Descubrir la presencia y la libre actividad del espíritu como la única causa efectiva de todas las formas del lenguaje. Ni el más insignificante matiz acústico, ni la metátesis más sencilla, ni la vocal o consonante parásita más miserable, han de ser sacrificadas a la explicación aislada de la fonética o de la fisiología. Fonética, fisiología, acústica, antropología, etnología, psicología experimental, etc., son solamente disciplinas auxiliares descriptivas y sólo pueden mostrarnos las condiciones bajo las cuales la lengua evoluciona, pero de ninguna manera pueden revelarnos la causa de esa evolución. La causa es el espíritu con sus intuiciones individuales inagotables, con su *aiszesis;* y la reina de la filología o de la lingüística es la estética.

Una expresión hablada nace de la actividad individual, pero se naturaliza cuando los otros la consienten, la aceptan y la repiten inconscientemente, esto es pasivamente, o bien de una manera activa y creadora, esto es, modificándola, corrigiéndola, debilitándola o fortaleciéndola, en una palabra, cooperando de una manera colectiva. En el momento de nacer, o sea considerada desde el punto de vista del progreso absoluto, la lengua es algo individual y activo. En el momento de fijación y quietud es algo pasivo en el individuo y en la colectividad. En el momento del progreso relativo, esto es, considerada no como creación sino como evolución, la lengua es una actividad espiritual colectiva, pero una actividad espiritual colectiva sólo es posible en el caso de que exista una disposición espiritual común; y una actividad

individual sólo será posible cuando la disposición espiritual sea especial y original. En este juego está precisamente toda la vida de la lengua: ella nos une y ella nos separa. Nos servimos de una misma lengua y nos esforzamos por hablar tan claro, tan correctamente como nos es posible, porque nos sentimos semejantes y unidos íntimamente a los demás individuos de nuestro pueblo. Pero desde el momento que nos sentimos cada uno de nosotros como personas individuales, nos esforzamos en hablar nuestra propia lengua individual, y cuanto más exclusiva sea nuestra manera de pensar y de sentir, tanto más original, nueva y característica será nuestra expresión. En el dominio de la lengua pasa exactamente lo mismo que vemos en el dominio de la raza. La semejanza espiritual de la expresión hablada está condicionada hasta cierto punto por el parentesco físico o de raza, pero se halla constantemente limitada, y en parte anulada, por las diferencias individuales.

Así, pues, tenemos dos momentos esenciales diferentes, dos puntos de vista bajo los cuales hay que considerar y estudiar la lengua: el momento del progreso absoluto o el de la creación libre individual y el momento del progreso relativo, el de la llamada evolución regular o de la creación colectiva mutuamente condicionada. A estos dos puntos de vista se refería Humboldt cuando escribía: «No es ningún juego de palabras el representar la lengua como algo que surge por sí mismo, espontáneamente y divinamente libre, y las lenguas, en cambio, como algo dependiente de las naciones y pueblos a los que pertenecen.» El estudio del primero de estos momentos se aparta del estado histórico dado de la lengua, y es puramente estético. El estudio del segundo momento compara el estado anterior de la lengua con el posterior, y es por consiguiente histórico. Pero tan pronto se quiere explicar el factor de la lengua, hemos de volver otra vez al estudio estético.

La intervención de Vossler en la cuestión de principios de la ciencia del lenguaje, ofrece, pues, dos puntos de vista: uno negativo y otro positivo. El aspecto negativo consiste no precisa-

mente en una acción destructora de los métodos de la filología moderna, sino más bien en una obra rectificadora de esos métodos. Vossler, que es un técnico consumado dentro del campo de la lingüística romance, viene a decir a sus colegas: «Todo lo que hacéis y lo que hago yo, el estudio de la fonética, de la morfología, de la sintaxis, de la semántica, de cada departamento de la gran construcción de la gramática histórica, está muy bien ; vuestros métodos son insubstituíbles y han dado y darán grandes resultados prácticos para la ciencia. Pero, lo que ya no está tan bien, es que todas estas divisiones y casillas en las que depositamos y clasificamos los resultados de nuestras investigaciones, las tomemos como realidades, y no las veamos en su esencial cualidad de convenciones útiles, de arbitrariedades necesarias para la práctica de nuestra labor investigadora.

Y lo que está aún peor y no es admisible de ninguna manera, es que algunos de vosotros erijáis los métodos seguidos en un cuerpo de filosofía positivista, y cerréis los ojos a la realidad espiritual y al origen individual del lenguaje.» Vossler nos hace ver la arbitrariedad que reina en toda la armazón de los tradicionales métodos filológicos; se complace en deshacerla a nuestros ojos para que no sea estorbo que nos impida ver la realidad esencial del lenguaje, esa pequeña llama creadora, oculta en el fondo del espíritu de cada uno, de donde surge toda la multiforme diversidad de las lenguas humanas. Pero contento con haber descubierto la verdadera naturaleza del lenguaje, nos advierte que podemos seguir trabajando sin peligro a base de las antiguas casillas de los métodos tradicionales, mientras no olvidemos que toda la construcción metodológica es interina y convencional. De manera que Vossler, que a la primera impresión puede parecer un destructor, en realidad es sólo el continuador de una escuela idealista de la lingüística, que contaba ya con ilustres representantes. Esta escuela del idealismo aplicado al estudio del lenguaje, ha tenido en Vossler su defensor más convencido y batallador, por lo mismo que él se ha educado en los métodos positivistas imperantes en los estudios lingüísticos durante el siglo

pasado. El descubrió la existencia de una gloriosa tradición idealista en la ciencia del lenguaje, y tomando pie en la doctrina de Croce, ha remozado maravillosamente el fondo ideológico de la escuela y ha proporcionado para su defensa las armas más eficaces, pues las que ha manejado preferentemente son las mismas que ha encontrado en el arsenal del positivismo filológico, que él conocía por experiencia.